

Quiero borrar del corazón tu imagen.....
¡ No puede ser!
¡ Otras hay! piensa el ánimo inconstante;
¡ Sólo hay una! me dice el corazón;
¡ Alguna piensa en tí! grita el deseo,
Y oigo tu voz que dice: ¡ Esa soy yo!
Y todas cuantas miro
Girar en mi redor,
Copian tu imagen, con tu voz me llaman.....
¡ Irresistible voz!
Te finjo por la edad desmejorada,
Imagino en tu rostro arrugas mil,
Y entonces brilla y me deslumbra y ciega
La ingénita bondad que brilla en tí.
Y el pródigo tesoro
De tu bondad sin fin
Tenaz me obliga, y en tu casto seno
Mi amor torna á dormir.
Hallar entonces imagino aleve
Doblez en tu insensible corazón,
Y el ánimo cobarde te imagina
Engañosa y falaz y sin amor;
Pero tu eterno encanto
Y de tu acento el són,
Me mandan que te siga y que te adore.....
¡ Y logras más que yo!
¡ Ah! de la edad en la fatal corriente
Cuanto amaba, inconstante lo olvidé;
Ciego creyente ayer, hoy pienso, y dudo,
Ora me hasta lo que ansiaba ayer.
Perdido el sentimiento
Que torpe derroché,
Hombre al fin, inconstante y veleidoso
Descubro mi doblez.
La sacra llama de los patrios lares

El santo fuego del naciente amor,
De eterna gloria el lisonjero ensueño,
La ardiente sed de férvida ambición
El alma en sus albores
Latir febril sintió,
Y hoy llora desengaños y amarguras
En sombras de dolor.
Todo en lento descenso y en pendiente
Fatal, á despeñarse vi correr;
Cada cabello que la edad despoja
Se lleva un eco de la antigua fe.
Recuerdos y esperanzas
Mató el tiempo cruel,
Y tú en mí vives, y olvidarte quiero.....
¡ No puede ser!

XXV.

LAS DOCE.— Á MARIANA.

Mientras da el reló las doce
Á compas lento y sonoro,
En estas manos que adoro
Deja que mis labios roce.
Deja que en silencio y calma
Te dé, mi gentil señora,
Un beso por cada hora
Que de placer diste al alma.
Uno, en memoria del día
Que tus ojos me miraron,
Y eterno amor me brindaron

Con dulce melancolía.

Otro, por los mil consuelos
Que halló en tí el alma angustiada
Al sentirse atormentada
De fieros injustos celos.

Otro, por recompensar
Tu amoroso afán de oír
Que no pudiera vivir
Si me dejáras de amar.

Otro, por el dulce empeño
Con que fuiste mi enfermera,
Velando á mi cabecera
Como el ángel de mi sueño.

Otro, por los mil perdones
Que siempre en los labios tienes,
Para mis locos desdenes
Y mis fugaces traiciones.

Otro, para recordar
De tus labios el chasquido
Cuando en sueño interrumpido
Dices mi nombre al soñar.

Éste, en pago á la fineza
De aquella flor, que aún me dura,
Fresca como tu hermosura,
Blanca como tu pureza.

Este, por premio al afán
Con que entre dudas y enojos,
Tras de tu balcon, tus ojos
Siempre esperándome están.

Este, porque no concluyas
De escribir en largos días,
Cartas con mil *vidas mías*,
Que son siempre *vidas tuyas*.

Este, en fin, breve y sonoro
Pinte para tu consuelo

La pasión con que te anhelé
Y el amor con que te adoro.
Y éste, que quiero imprimir,
Largo, vehemente y callado.....
Historia del bien pasado
Y augurio del porvenir.

Ya del reló el triste són
Cesó, compasivo y lento.....
¡Deja á mi labio sediento
Darte la repetición!

1872.

—
XXVI.

Al volver tras la ausencia tan llorada,
Corrí á su hogar, y en él no la encontré;
Mas vi en su cuarto abandonado un velo
Sobre el respaldo del sillón *aquel*.

El ramillete de aromosas flores
Que al separarnos años há le dí,
No adornaba la triste chimenea;
Que al ver su olvido se debió morir.

¡Este es el velo, sollozando dije,
Que un tiempo alzaba para verme bien,
Y el rostro al asomar tras el encaje
La luz del alba se asomaba en él!

Un fresco ramo de tempranas rosas,
Gentil trofeo de triunfante amor,
Con su perfume el aire envenenaba
Destrozando mi amante corazón.

Salí de allí con vacilante paso,
Y de un clavo pendiente en la pared,
Donde un tiempo pendió el retrato mio,
El de un hombre risueño contemplé.

Le miré fijamente y cara á cara;
Quise hablar y á pedirle cuentas fui,
Pero su alegre y pertinaz sonrisa
Me hirió en el alma y me sentí morir.

Salí del templo donde fué mi culto
Su alma engañosa y su mentido amor,
Y á lo léjos la vi que á mí venía,
Y que al verme el color se le mudó.

Pasó junto á mi lado vergonzosa
Mirando al suelo en palidez mortal,
Y con el velo el rostro defendía,
Huyendo al verme en presuroso andar.

Y así como en un tiempo tras el velo
La luz radiante contemplé del sol,
Ora al verle caer, en sombra oscura,
Y en noche eterna mi dolor cayó.

XXVII.

¡TREINTA Y TRES AÑOS!

*Pensando estoy en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Dijo el poeta al condolerse antaño,
Viendo de muerte el corazon herido.
Yo, al recordar mis dichas ya lejanas,
Y al ver cuánto es el goce pasajero,*

Vivo llorando en medio de mis canas,
Torpes mudanzas de mi ardor primero.
¿Por qué á la vez que la delicia inmensa
Conozco del placer que apuré tanto
Siente ¡ay de mí! mientras la mente piensa
El corazon creciente desencanto?
Era yo ayer, cuando en mi edad risueña
Aun no asomaba en el cenit la bruma,
Bullente rio que de risco en peña
Saltaba en montes de sonante espuma.
De mi existencia en los dichosos dias
Iba saltando las alegres horas,
Como en el monte alegres y bravías
Vagando van las cabras trepadoras.
Siempre en pos del placer desconocido,
Siempre animoso, con la suerte en guerra,
Fácil senda encontraba el pié atrevido
En las ásperas quiebras de la sierra.
Toda senda ignorada hallando corta,
Ancho camino abria en los jarales;
«Allí hay peligros que encontrar; ¡no importa!
Todos los halla mi pujanza iguales.»
Mi corazon de plétora estallaba,
Y el mundo hallando á mi expansion estrecho,
Doquier que mi pasion se desbordaba
Feliz latía el generoso pecho.
Así del sol mirando la alta lumbre
Salvé del monte altivo los abrojos;
Mas ¡ay! que hoy fijo en la desierta cumbre,
Heridos de la luz lloran mis ojos!
Ya de la edad en el naciente ocaso
Las nubes cercan la empinada cima,
Siento inseguro y vacilante el paso,
Presiento el cielo desplomarse encima.
¿Por qué para subir sobró la vida

Y vacila al bajar la planta osada?
¿Por qué fué tan alegre la subida
Y presiento tan triste la bajada?
Desde la cumbre altiva de mis años
Veo en lo hondo quedarse mis verdores,
Como en el valle al pié de los castaños
Las mansas aguas y las verdes flores.
¡Y ora contemplo en triste desventura,
Del crepúsculo vago en horas breves,
A un lado campos de eternal verdura
Y al otro eternas desoladas nieves!
Así van mis voltarias impresiones
Mudando el sesgo al sentimiento mio;
Ayer instintós, luchas y pasiones,
Hoy material razonamiento frío.
¡Oh! con qué afán en plácidos abriles
Fuí pisando las flores del sendero,
Derrochando mis fuerzas juveniles
Sin rumbo infatigable pasajero!
Abrió la edad el pavoroso abismo
Que al débil corazón roba la calma;
¿Por qué, el creciente tétrico egoismo,
Vas marchitando el corazón y el alma?
¿Por qué, del mundo en la corriente fiera,
Mi entusiasmo primero desaparece?
¿Por qué, si soy el mismo que ántes era,
Mi corazón sucumbe y desfallece?
Era la vida en mí tan generosa,
Que de ella hacia ofrenda sin réparo,
Ora á los piés de la mujer hermosa,
Ora en el seno-del amigo caro.
Nunca engendraban egoistas penas
Suerte contraria ni dolencia alguna,
Rico caudal la sangre de mis venas
Fuí derrochando á par de la fortuna.

¡Ay, cómo el tiempo y la incurable herida
De mi experiencia que tenaz deploro,
Me han enseñado á conservar la vida,
Culto rindiendo á la salud y al oro!
Cesó el impulso de animoso alarde,
Pasó el amor que á la razón confunde,
Tornóse el bravo corazón cobarde,
Huyó la fe que el entusiasmo infunde.
¡Oh, inesperados, lúgubres destinos!
Ya de la vida en el naciente ocaso,
Por cuán distintos áridos caminos
He de emprender el temeroso paso!
¡Ya no hallaré las incitantes flores
Que brindaban aroma en sus corolas,
No romperán los miembros vencedores
La ancha impulsión de las gigantes olas!
¡Desciende aprisa corazón gigante
Del seco erial de la desierta cumbre,
Que hundirse amaga, carcomido Atlante,
Del cielo azul la inmensa pesadumbre!
¡Desciende oculto en el revuelto seno
De pardas nubes, entre el cierzo frío,
Qué has de ser, tú que fuiste mar sin freno,
En hondas cauces prisionero río!
.....
.....
¡No, por piedad! Si mi vigor añejo
Tiempo y edad es fuerza que me roben,
¡Antes, Señor, de que me sienta viejo,
Venga la muerte á sorprenderme jóven!

XXVIII.

La vez primera que te dí la mano
Sentí tu corazon llamar al mio,
Y hoy al dártela frio y cortesano,
Siento en el alma de la muerte el frio.

Ayer al estrecharla fuertemente
Dulce sonrisa me anunciaba el cielo ;
Hoy al darme la mano friamente,
Triste la vista escondes en el suelo.

Yes que al rigor del tiempo, en la inconstante
Pasion fugaz, que el desamor mitiga,
La mano diestra en disimulo amante
Suele ser torpe saludando amiga.

XXIX.

Ayer fui yo para tí
Apuesto, hermoso y galan ;
Hoy con desusado afan
Buscas defectos en mí.

Vista te dan los enojos,
Yo á tu furor me doblego ;
Pues sé que el amor es ciego
Y el ódio tiene cien ojos!

XXX.

Ponte la mano aleve sobre el frio
Corazon, que en tu pecho está sepulto,
Y contempla despues el amor mio
Que un volcan de pasiones guarda oculto.
Y dime por qué esfuerzo sobrehumano,
Y burla despiadada de la suerte,
Quiere el destino insano,
Que tengas tú el color tan fresco y sano,
Y yo una eterna palidez de muerte.

XXXI.

Abanico negro
Que das aire blando
Y agitas cabellos
De color dorado,
Lleva en tus vaivenes
Á los frescos labios
Suspiros errantes,
Que hallarás al paso.
En torno á la boca
Que un dia besaron,
Hoy revolotean
Tristes y callados.
Cuando cojas aire
Préndelos airado,

Y en aquellos hoyos
Al pié de los labios...
¡Entiérralos vivos
Por enamorados!

XXXII.

REMORDIMIENTO.

Veinte años há que en el añoso tronco
Del árbol secular
Grabé tu nombre, miéntas tú á su sombra
Rompías á llorar.
Nos separó mi olvido despiadado,
Por siempre te perdí;
Quedó para tormento eterno mio
Tu nombre siempre allí!
La guerra asoladora, de la aldea
Las casas arrumbó;
Taló los campos y arrasó las mieses,
Y la heredad taló.
Solo, en medio del campo desolado
Quedó el árbol aquel,
Testigo silencioso y juez sombrío
De mi pasión infiel.
Monjes errantes en el campo yermo
Vinieron á habitar
Solitario retiro haciendo en torno
Del árbol secular.
Tu nombre igual al de la Virgen pura
Leyeron con amor,

Y milagroso hallándolo, á tu nombre
Rezaron con fervor.
Voraz incendio el monasterio arrasa,
Que cunde sin cesar,
Y otra vez queda el campo sin más galas
Que el árbol secular.
Labran mis padres en la santa ruina
Con amorosa fe,
La pobre casa cuyo blanco techo
Desde la mar se ve.
Allí á la sombra de la encina afiosa
La muerte encontrarán,
Y allí tu nombre, recordando el mio,
Tal vez repetirán.
¿Qué fué de tí? Desde la aldea al mundo
En alas del placer,
Pasaste como sombra pasajera
Que nadie ha vuelto á ver.
De tu hermosura el esplendor marchito
Tu casa sin calor,
Pobre, olvidada y de amarguras llena,
Sin alma y sin amor,
Tal vez pensaste en el que aleve un día,
La paz te fué á robar,
Cuando tu nombre hacía compañero
Del árbol secular.
Árbol á cuya sombra desdeñada,
Diez años, veinte, cien,
Pasáramos la vida venturosa
Si yo te amára bien.
Tambien yo, de la vida en la revuelta
Y alegre confusion,
Viví deprimida y apagué en la orgía
La sed del corazón.
Tambien hoy al pensar en el reposo

Del silencioso hogar,
Vierdo lágrimas tristes de amargura
Que nadie ha de secar.
Secreta voz de la conciencia mia,
Que eterno bien perdió,
Será tu nombre, que en el tronco impreso
El tiempo respetó.
Muerta en la triste soledad oscura
¡Oh reina del festín!
Te lloré cuando el eco de tus glorias
Me reveló tu fin.
Era en un día que á la triste aldea
Pensaba yo en volver,
Y adonde quiere mi fortuna impía
Llevarme á fenecer.
Ya del hogar los últimos linderos
El tiempo derrumbó;
La antigua torre y los podridos muros
El huracan tronchó.
La blanca casa de mis viejos padres
Montón de piedras es;
Duermen sus huesos á la sombra triste
Del funeral cipres.
Ya no hay casas, ni sendas, ni cercados,
Ni cánticos de amor;
Ya no hay música grata en la arboleda,
Ni el suelo da una flor.
Los mil recuerdos de la hermosa infancia,
¿Dónde, Señor, están?
¿Dónde las rosas de embriagante aroma,
Y el perenne arrayán?
Árida soledad en cuyo ambiente
No suena otro rumor,
Que el vuelo de las negras golondrinas
Girando en derredor.

Solo en medio del campo abandonado
El árbol secular,
Extiendo sus mil brazos siempre abiertos
Llamándome á llorar.
Allí está, tan sombrío como el día
En que á buscarte fuí.
¡Negra su sombra cual mi eterna pena!
Tu nombre ¡siempre allí!

XXXIII.

Gota á gota se deshacen
Las neblinas del invierno ;
Grano á grano se derrumban
Los palacios y los templos ;
Va secando hoja por hoja
Robles y encinas el viento...
*¡Cómo se nos va la vida,
Niña de los ojos negros!*
Hora, tras hora, tras hora
Pasan veranos, inviernos,
Las primaveras floridas,
Otoños de frutos llenos.
Rios, y fuentes, y arroyos
Octubre ha dejado secos ;
Tu hermoso color, bien mio,
Se va perdiendo, perdiendo...
Fibra tras fibra desgarrá
Los corazones el duelo ;
Gota á gota, la amargura

Traspasa el más duro pecho ;
Uno por uno, cayéndose
Desparecen mis cabellos ;
Los claveles de tus labios
Con la edad palidieron.

Mira la luz que se apaga,
Mira en cenizas el fuego,
Contempla el sol que se pone,
Oye cuál se extingue el eco.
Así nuestro amor fué llama
Que avivó el vigor primero,
Y hoy convertido en pavesas
Corre á perderse en el viento.
Brillo han perdido tus ojos
Y vida y calor mis besos...
*¡ Ay que se nos va la vida,
Niña de los ojos negros!*

XXXIV.

Si el bárbaro rencor en mí cupiera,
Hoy en tí sin piedad lo cebaria ;
Pero yo no sé odiar, ¡ ay! si supiera,
A mí mismo no más detestaria.

Del santo amor que falsa y caprichosa
Me juraste hasta ayer, guardo el acento,
Y al recordar tanta mentira hermosa
Cuyos sonidos en el alma siento,
Tengo en mi sér impresa tanta frase
Por tí vertida con perjuo labio,

Que aunque frases de agravios formulase,
No me queda lugar para el agravio.

Tú me enseñaste con doblez artera,
Que yo franca nobleza suponía,
De la pasión amante y verdadera
La oculta y misteriosa poesía.

Aún el alma recuerda, dolorosa,
Las horas dulces junto á tí pasadas,
Cuando en amante soledad dichosa
Bebía yo la vida en tus miradas.

De aquellas horas en que yo sentía
Confundirse mi aliento con tu aliento,
A mí me quedará la poesía...
Y á tí te quedará el remordimiento.

Otra más franca que al amor aliente,
De corazón leal y apasionado,
Recogerá este amor siempre creciente,
Que tu infiel corazón en mí ha sembrado.

Tú entre tanto siguiendo tu destino,
Que es abrasarte en la pasión que ignoras,
Si vuelves á encontrarme en tu camino
Recordarás tal vez aquellas horas.

No temas que te increpe el labio airado
Viéndote que me miras indecisa,
Ya el tiempo y la opinión me habrán vengado
Y harto adivinarás en mi sonrisa.

Quien sabe amar cual yo no se arrepiente,
Y en vano el desengaño me atormenta,
Que en vez del ódio al corazón que miente
Me da la sed de un corazón que sienta.

Y hallarlo espero, que aunque tú lo ignores,
Aunque juzgues al mundo por tí propia,
Creyendo que pues tú mientes amores
La humanidad tus veleidades copia ;

Viven las almas que el amargo hastio

No sienten de las glorias de la vida,
Como vivió feliz el pecho mio
Cuando escuchaba tu pasión mentida.

Cuando incauto del tuyo cauteloso
Los latidos amantes escuchaba,
Y en tu caliente seno fatigoso
Eternas horas de placer pasaba.

Tuyas son, para eterna gloria mía,
De esas horas las penas y el tormento;
¡De ellas me queda á mí la poesía,
Y á tí te quedará el remordimiento!

XXXV.

A VIRGINIA BURRIEL.

Potente rey de Arabia ofrece al mundo,
En público pregon,
Rico tesoro de cien mil zequíes
En premio de quimérica invención.

«Pues que descubre el médico en las hierbas

»Remedio á todo mal,

»Y cura las heridas venenosas

»Que hace en la humana piel dardo mortal,

»Premio doy que deslumbre al más avaro

»Y en pago habrá de ser

»De quien sorprenda el sueño del que duerme,

»Palpitante y temblando de placer.»

Cunde la voz de la oriental ofrenda

Desde el bosque hasta el mar,

Y no hay doctor que descubrir consiga

Lo que sueña el que sueña sin hablar.

El rey en tanto desvelado gime,

Y con mortal dolor,

A la reina contempla que se agita

La noche entera en singular temblor.

Su médico Ismail por Aláh jura

Que es vano pretender

Descubrir el origen de los sueños

Con que febril se agita una mujer.

¡Oh mi sabio Ismail! el rey murmura,

Mi corona real

Venderé para tí, si de tu fama

Me das la prueba en mi dolor mortal.

Ismail sonriendo desconfía

De su oriental saber,

Y nadie acude al oriental palacio

La tentadora oferta á recoger.

Una alborada las doradas puertas

Franquea sin temor

La hermosa esclava que de Nubia un día

Hizo venir el oriental doctor.

Señor, dice del rey que la interroga

Echándose á los piés:

Yo te diré, si tu perdón me ofreces

Lo que en celosa ceguedad no ves.

Contempla el rey con asombrados ojos

De la esclava la faz,

Y ella en tranquila certidumbre ofrece,

Volver al pecho la perdida paz.

—De Ismail soy la esclava y compañera,

Con oro me compró;

Mirándome en sus ojos que anonadan,

Cual tú celosa me consumo yo!

¿Saber pretendes lo que piensa en sueños

La reina al suspirar,

En cuyos labios donde el alba ríe
Dulce, eterna sonrisa ves vagar?
Sábelo, pues; la espléndida hermosura
De ardiente corazón,
Sueña á estas horas que Ismail amante
La arranca de tu espléndida mansion.
Dulces palabras de pasión repite
La régia hermosa hurí,
Sonriendo al pensar que su ventura
Con mi señor logró lejos de ti.
—¡Tu labio miente! el rey airado grita.
—¡Oh rey! ¿Sabrás mejor
Que quien celosa en su dolor fallece,
Los sueños traducir de ajeno amor?
Y poniendo la mano temblorosa
Sobre el seno gentil
De la reina que sueña, el labio ardiente
Una y dos veces murmuró: —¡Ismail!
Frenético el caduco rey de Arabia
Sobre ella se arrojó,
Y á la esposa infeliz con rabia loca
Entre las blancas sábanas ahogó.
La nubia esclava en tanto presurosa,
Feliz, torna á su hogar,
Y al lecho del señor, vertiendo llanto,
Llega y le escucha en soledad soñar.
¡Oh reina triste! con medroso acento
La esclava murmuró;
Muerte hallaste por pérfidos amores!
Y esto oyendo, Ismail se despertó.
Ya el rey dichoso, murmuró la esclava,
Logró su mal saber;
Y al sorprender lo que febril soñaba
Su vida arranca á la falaz mujer
—¿Quién de los sueños sorprendió el secreto?

Loco Ismail gritó:
—Quien de celos muriendo en honda pena,
Los tuyos, torpe dueño, adivinó.
Soñaba el rey despierto, que adoraba
Régia consorte fiel;
Y sueñas tú que la tristeza mia
Sólo es pesar de condicion cruel.
Yo sin soñar en mi esperanza vivo
Y aguardo sin cesar,
Que de mi eterno sueño de esperanzas
Sorprendas mi secreto al despertar.
Lágrimas vierte en el ardiente seno
De la esclava el señor,
Y olvidando á la esposa fementida,
Se duerme en brazos del naciente amor.

Luqsor (antigua Tebas).—Noviembre de 1869.

—
XXXVI.

Yo nunca he sentido
Bienestar completo,
La fortuna loca
Siempre me halló cuerdo.
Desengaños llora
Sin cesar mi pecho;
Mi pasado es triste,
Mi futuro negro.
Sombras me rodean,
Luz me niega el cielo,

Zumban los pesares
En torno á mi lecho...
Pero entre la sombra,
Ya cerca, ya léjos,
Brillan las miradas
De tus ojos negros!

XXXVII.

ANTES Y DESPUES DE LA GUERRA (1).

La luz del solnaciente los campos alegraba;
Las tímidas violetas sembraban dulce olor,
Y el trasparente arroyo sus cauces ensanchaba
Con plácido murmurio y armónico rumor.

Plañaban en los nidos los cándidos jilgueros,
La alondra enamorada y el ruiseñor gentil;
Brotaban los jacintos del parque en los linderos
Y su boton rompian las rosas de hojas mil.

Del dia á los nacientes rosados resplandores
Salían la fragancia del aire á respirar,
Él, rebotando vida, y *ella*, cantando amores,
Cogidos de las manos y en plácido vagar.

Delante, cosechando las encendidas rosas
Dos niños sonrientes, con infantil placer,

(1) Inspiró esta poesia la vista de dos encantadores cuacos de Bayard.

Corrian persiguiendo las blancas mariposas
Que á los amantes padres venían á ofrecer.
Los toscos aldeanos al verles, sonreían
La pingüe siembra echando del campo en la labor;
Perderse en lo frondoso del bosque les veían
Oyendo el casto beso del conyugal amor.

¡Ay, de la vida humana, cuán poco el bien nos dura!
Pálido sol de Octubre, de lumbre funeral
Del campo yermo alumbra la tétrica llanura,
Con moribundo rayo de resplandor fatal.

Buscando entre las sombras al ánimo cobarde
Consuelo al bien perdido, y alivios al dolor,
La demacrada viuda sale al morir la tarde
Los ojos arrasados en llanto abrasador.

Los niños van vestidos de luto azaz temprano;
Los ojos alzan tristes, y en lento paso van;
La madre, que les lleva cogidos de la mano,
Mirando va la tierra con desusado afán.

Los pobres labradores, que de su bien testigos
Miraron con envidia su dulce bienestar,
Las flacas manos tienden, ya míseros mendigos,
Errantes pordioseros, sin patria y sin hogar.

Ayer brotaban flores en la amorosa tierra;
La luz creó las plantas, la paz creó el amor;
¡Llevóse amor y dichas la asoladora guerra!
Dejó su eterna herencia; ¡ la sombra y el dolor!

Agosto de 1875.

XXXVIII.

Soberbio, ateo, déspota, sañudo,
 Decía un español :
 ¡ Ni á Dios, ni al rey, ni aun al destino rudo
 La rodilla jamás doblára yo!

Arrodillado sobre el duro suelo
 Ayer le sorprendí,
 Diciendo á una mujer de ojos de cielo :
 ¡ Siempre, alma mía, me tendrás así!

XXXIX.

HISTORIA VULGAR.

¡ Adios! le dijo, y la estrechó á su pecho,
 Y ella y él sollozando y temblorosos,
 Dejaron derramar llanto deshecho
 A sus dos corazones amorosos.
 — ¡ Espérame! le dijo el que partía.
 — ¡ Vuélve pronto! exclamó la que quedaba;
 Y el moribundo sol que descendía
 Veló en su sombra el beso que empezaba
 Y que ninguno terminar sabía.
 Pasáronse diez años influyendo

De contraria manera en los que amando
 Vivian larga ausencia padeciendo ;
 Y él en las Indias engordó, escribiendo,
 Y ella en España enflaqueció, esperando.
 Por fin volvió el ausente con lucida
 Salud, más fuerte que al partir de España ;
 Y pálida la halló, descolorida,
 Tristes y hundidos sin calor ni vida
 Los claros ojos que el insomnio empañía.
 Y al volverse á encontrar, un grito ahogado
 Dieron en un abrazo confundido :
 Ella dijo feliz : ¡ Cuánto ha ganado!
 Y él dijo con dolor : ¡ Cómo ha perdido!
 Se hallaron otra vez, solos y amantes ;
 Las manos y las almas se estrechaban ;
 Pero las manos que temblaron ántes
 Esta vez ni oprimian ni temblaban.
 El último fulgor del sol poniente
 Vió sellar el consorcio prometido,
 Y los labios besaron brevemente
 Con seco impulso y descarado ruido.
 Iban ya por el mundo como esposos,
 Ella en su ansiado dueño se apoyaba ;
 Mirábale con ojos amorosos,
 Y él silencioso y distraído andaba.
 Ella tan fiel, tan dulce y tan constante
 Como la tarde en que su amor partía ;
 Su pálido semblante,
 Ya espléndido de dicha, sonreía.
 Él en cambio más triste y más sombrío
 Tal vez pensaba en su ventura añeja :
 Ella pensaba : ¡ Para siempre mio!
 Y él iba murmurando : ¡ Está muy vieja!
 Ya viejos son los dos ; ella le admira
 Sin recordar sus tiempos juveniles,

Y él... la quiere tambien; pero suspira
Cuando en otras ve gracias femeniles.
Que al egoismo humano es desaliento
La flor marchita, y en igual ventura,
La mujer rinde culto al sentimiento,
Y el hombre rinde culto á la hermosura.

XL.

Flaca mendiga, jóven y graciosa,
Me detuvo con ruego lastimero,
Escuálida y hambienta y haraposa,
En tétrica y glacial noche de Enero.

Gran lástima me dió; pero del frio
Pudo más el rigor, que el inhumano
Vil corazon, y el egoismo impío
Privó la accion á la escondida mano:
Y con fria y benévola sonrisa
La aparte á un lado y caminé deprisa.

Era la misma; el vicio con sus galas
La convirtió en espléndida belleza,
Ángel impuro de doradas alas
Que el imperio logró de su impureza.

En un baile la hallé; quise su paso
Detener, contemplando su hermosura,
Crujir oyendo el sonrosado raso
Que destacaba la gentil figura.

Y ella entónces, ya reina esplendorosa,
Qué alegre y victoriosa
Una corte de amantes vió sumisa,

Me apartó indiferente y desdñosa
Con aire altivo y con glacial sonrisa.

Yo pude ser su amor y ella ser mia,
Cuando la hallé llorando su amargura,
Y hoy en brazos del vicio y de la orgía
La sigo amante y me enamora impura.
¡Ay, ojos torpes, corazones frios.....
Llorad cegueras, y latid vacíos!

XLI.

Levántase espumosa y resonante
La embravecida ola,
Ya avanza, ya se yergue, ya brillante
Al sol sus mil colores arrebola.
Ya descende, ya tiembla, ya desmaya.....
¡Ya se disuelve en la arenosa playa!

Así el amor de una mirada ardiente
Brotó como la espuma,
Irguióse altivo con pasion creciente,
Fué clara luz y luégo densa bruma,
Y disuelto en el último latido
Se deshizo en cansancio y en olvido!

XLII.

¡ La luz de la alborada, un nuevo dia!

.....

¡ Ya el moribundo sol mis ojos hiera !
Cada alborada una ilusion que nace,
Y cada sombra una ilusion que muere.
Un dia y otro dia nacer veo,
De uno y otro el postrero resplandor,
Ayer con penas me encontró la aurora,
Hoy me deja la tarde en el dolor.
Alumbra el sol y la esperanza alienta,
Se hunde, y con él ¡ oh santa fé, te vas !
¡ Luz de la tarde ! ¡ Una esperanza ménos !
¡ Luz de la aurora ! ¡ Un desengaño más !

—
XLIII.

LOS SOLDADOS.—NOCTURNO.

Al general Ros de Olaño.

El viento resuena con ay lastimero
Silbando estridente con lúgubre són ;
Su furia desatan los cierzos de Enero
Y crujen los goznes del alto balcon.
Rechinan dolientes los viejos portales
Que en sordo golpeo se escuchan sonar,
Y azota el granizo los frios cristales
Con agrio sonido viniendo á chocar.
Silencio imponente la calle circunda ;
Ya el viento agitado cesó de rugir ;
La lámpara triste con luz moribunda
Mil sombras derrama brindando á dormir.

De pronto un sonido que viene de fuera,
Turbando á la noche la tétrica paz,
Abuyenta del sueño la sombra primera
Con sordo murmullo que avanza tenaz.

Alerta se inclina curioso el oído,
Ya avanza el extraño creciente rumor ;
Rumor compasado, veloz, sostenido,
Cual rápido golpe de ronco tambor.

Del húmedo suelo las piedras mojadas
Retiemblan al fuerte, robusto marchar ;
Ya suenan distintas las fuertes pisadas ;
Soldados anuncian en rápido andar.

Del lecho en el fondo les oigo, callados
Andando en silencio, con sordo rumor,
Y en larga columna de marcha formados,
Del viento y la nieve sufriendo el rigor.

Su paso escuchando con pena y asombro
Les veo la calle dejando detras,
El saco á la espalda, las armas al hombro,
La vista en el suelo, marchando á compás.

Robustos y sanos, potentes, membrudos,
Sufriendo la escarcha partir se les ve,
Gallardos moviendo los brazos nervudos,
Y hollando las piedras con bélico pié.

Presiento en la sombra brillar las cornetas,
Crujir las correas que abriéndose van,
Y el brillo siniestro de mil bayonetas,
Que tintas en sangre mañana estarán.

Cortando al caballo la rauda carrera
Guiando sus tropas irá el coronel,
Mirando en la triste velada vidriera,
La luz que le anuncia que sueñan con él !

Del frio ventisco sufriendo el azote
La espada en la tierra dejando rozar,
Se cifien los jefes el burdo capote

Y el rostro en el pecho pretenden guardar.
El uno en el seno de esposa adorada
Dejó vida y alma llorando al partir,
Y oculta un suspiro con voz entreahogada
Pensando en las cartas que le ha de escribir.
El otro, recuerda que andando se aleja .
De apremios y deudas y sino traidor ;
Aquél , va pensando las novias que deja ,
Aquél , del invierno maldice el rigor .
Los unos, de envidias y ofensas dolidos
Blasfeman jurando la muerte buscar ;
Los otros , soñando con muertos y heridos ,
Calculan los grados que esperan lograr .
La sombra los cerca , la lluvia los baña ,
Cumpliendo severos su ingrata mision ,
Los pobres soldados á entrar en campaña
Caminan marchando con lúgubre són .
¿ Qué van meditando ? Sus nobles destinos
Cumpliendo con suerte dichosa ó fatal ,
Irán dando tumbos por esos caminos
Durmiendo en el fango , rompiendo el jaral .
Marchando repasan recuerdos que afligen ;
Suspiran algunos con hondo dolor ,
Y al cielo sombrío miradas dirigen
Pidiéndole al cielo fortuna y valor .
Alguno presente que en dias cercanos
Su pueblo nativo de léjos verá ;
Y á verle al camino saldrán sus hermanos
Y el plus que conserva feliz les dará .
De gloria ambicioso , con alma sedienta ,
Más de uno desea que empiece una accion ;
Y piensa en las glorias que el mundo nos cuenta
De humildes soldados que alzó la nacion .
Murmuran algunos con voz apagada
Del jefe cercano que oyéndoles va ,

Y alguno hay que piensa , « ¡ mi madre adorada
Soñando conmigo , rezando estará ! »
Los ya acostumbrados á rudas campañas
Contentos caminan pensando en vencer ;
Los mozos bisoños , leyendas extrañas
Medrosos recuerdan que oyeron ayer .
Sus pasos cortados , de igual movimiento ,
Curioso el oido se esfuerza en oir ,
Y al alma me llegan , y va el pensamiento
Su ingrata jornada queriendo seguir .
Les veo subiendo peladas colinas ,
Bajar al pantano , cruzar el fangal ,
Y en sangre tificando sus piés las espinas
Del áspero abrojo y el seco zarzal .
Mañana en la ruda sangrienta batalla
Caerán los más fuertes del plomo al rigor ;
¡ Sus miembros astillas hará la metralla ,
Con hórrido estruendo y en ronco fragor !
Los pechos nervudos que alientan fornidos
Caerán en la lucha rabiosa y febril ,
Regando de sangre los campos floridos
Que encharca la horrible contienda civil .
De tantos que escucho marchar presurosos ,
Si vuelven , á verlos sus madres irán ;
¡ Vendrán muchos ménos , los ojos llorosos
Querrán encontrarlos y no los verán !
Las caras que adustas , severas y rudas
Resisten marchando del tiempo el rigor ,
De huérfanos tristes y madres y viudas
Anuncian el hondo y eterno dolor .
Marchando se alejan en pos de la guerra ,
Mañana á estas horas llorando estarán ,
¡ La patria sin sangre , sin brazos la tierra ,
Las madres sin hijos , los hijos sin pan !
¡ No importa , adelante ! ¡ luz brinda el camino ,

Del mundo son ellos la guarda y sosten ;
Que cumplan es fuerza su noble destino,
La patria les pide que glorias le den !

Que en ánsia de gloria su pecho se inflama
Declara en su marcha su hélico ardor.

La guerra los pide, la patria los llama,
¡ Ni hay más noble empleo ni empresa mejor !

Ya amengua el sonido del paso cortado,
Se extingue, se alejan con rápido andar,
Ya le oigo á lo léjos, igual, compasado,
Tenaz, sostenido, distante, sonar.

La mente conserva sus gratos rumores.....
Aun suena el distante monótono són.

¡ Señor ! ¡ Que les oiga volver vencedores !
¡ Su sangre es la mía, la patria ellos son !

1874.

XLIV.

LA CONFESION.

El confesor me dice
Que no te quiera,
Y yo le digo : « ¡ Padre,
Si usted la viera ! » (1).

Dice que tus amores me vuelven loco,
Que á mi deber no atiengo, que duermo poco ;

(1) Copla popular.

Dice que nuestras muchas conversaciones
En la aldea fomentan murmuraciones ;
Dice que no quererte fácil me fuera ;

Y yo le digo : « ¡ Padre,
Si usted la viera ! »

En vano le aseguro que eres tan pura,
Que hay que rezar delante de tu hermosura ;
Que eres gentil y airosa cual la azucena,
Que nacen en tus labios nardo y verbena ;
Que son lluvia de Mayo tus blondos rizos
Y que vivir no puedo sin tus hechizos.

El me dice muy fosco : « Que es gran quimera. »

Y yo le digo : « ¡ Padre,
Si usted la viera ! »

Confesando que el alma tengo en tus ojos,
Me dijo el padre cura con mil enojos,
Que un pecado tan grande no perdonaba,
Y que si te queria me condenaba.
Yo entónces en amante dulce arrebato,
Del pecho en que le llevo saqué un retrato ;
Y el cura al ver tu imágen, luz y alma mia,
Contemplándola absorto, se sonreia.

« ¡ Esta sí que refleja santos amores ! »
¡ Creyó que era la Virgen de los Dolores !
« No hay como ésta ninguna, ¡ qué luz destella ! »
Y yo le dije entónces : « ¡ Pues ésta es ella ! »
Olvidado ya el cura de su corona,
Dijo abriendo los ojos : « ¡ Linda persona ! »
Si es buena cual hermosa, ¡ que en paz te quiera !

Y yo le dije : « ¡ Ay, Padre,
Si usted la viera ! »

Octubre de 1874.